

DE ESCUELAS Y MAESTROS

Los beneficios del recreo



El 31 de agosto de 1913, Joaquín Hernández Ruiz, maestro de Villamayor, elevó a la Junta Local de primera enseñanza de Zaragoza una detallada memoria en la que exponía los aspectos más importantes de la labor que había realizado durante el curso que acababa de finalizar; enumeraba las principales dificultades que había tenido que sortear y daba cuenta de los resultados alcanzados en cada una de las materias que componían el currículo de la escuela primaria. En Europa florecía ese movimiento de renovación pedagógica que conocemos como la Escuela Nueva y que no se limitaba a proponer una nueva metodología ni a plantear el aprendizaje y la enseñanza de otra manera. Era, en realidad, una revolución en la manera de entender la escuela, el niño, los materiales y el espacio escolar. Don Joaquín –hermano de Santiago Hernández Ruiz, maestro en Paniza, inspector y exiliado tras la Guerra Civil en México–, justificaba la introducción del recreo en su escuela de este barrio de Zaragoza. ¿Cómo es posible –nos preguntamos hoy– que en las escuelas no se dispusiera de un espacio para el recreo ni que en el horario se reservara un tiempo para que los niños pudieran descansar, jugar o correr? La respuesta es bastante simple. Aún no se había descubierto que el niño juega por naturaleza, que tiene necesidad de movimiento y que el ejercicio al aire libre es necesario para crecer saludablemente.

Juegos al aire libre

Dejemos que sea el propio Joaquín Hernández quien lo explique: «Con el fin de hacer integral la obra escolar, se ha establecido el recreo, juegos al aire libre bajo la vigilancia del maestro, en la calle a falta de jardín o patio adecuados, durante quince minutos a la mitad de ambas sesiones diarias. Higienistas y pedagogos de todos los países han convenido en reputar como tarea excesiva y perjudicial las seis horas diarias de clase». «Por ello y por el rigorismo que suele someterse a los niños en todos sus actos y aptitudes –dice don Mariano Carderera– se amortigua la vivacidad de las facultades, se hace desagradable el estudio y se adquiere aversión a la escuela». Aunque ese rigorismo de la rancia pedagogía ha desaparecido felizmente de la generalidad de las escuelas, dándose al niño más libertad de acción, más caricias y menos disciplinas, no es posible que la atención infantil se sostenga largo rato sobre un objeto determinado. «Por eso, el recreo no solo es físicamente beneficioso, sino también intelectualmente necesario: durante él, la escuela se ventila libremente, los niños oxigenan sus pulmones, desentumecen sus miembros, despejan su inteligencia y vuelven a clase reanimados, con más ganas de trabajar y en mejores condiciones para hacerlo».

Por: **Víctor Juan**
Director del Museo Pedagógico de Aragón